

Lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

INDICE

- ¿Mercado Común o Europa ?
- Europa Unida será socialista o no será
- Los revolucionarios y las elecciones europeas

mensual
trotskista

editado por

lutte
ouvriere

Enero/1979

No

59

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

**lutte
ouvrière**

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Sies meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA

COMBAT OUVRIER
Mensuel communiste révolutionnaire (trotskiste)

ANTILLAS

Mensual trotskista antillano que publica un suplemento bisemanal en Martinica y Guadalupe

Tarifas de suscripción :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

bajo pliego cerrado FF 15 (\$ 3)

Otros países : escribir al periódico

Suscripción a : Jocelyn BIBRAC

CCP 32 566-71 La Source-Orléans France

Destinar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier - B.P.-80

93300 AUBERVILLIERS



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

UNION AFRICAINE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONALISTES

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE _____

Página 2 ¿Mercado Común o Europa ?

Página 12 Europa Unida será socialista o no será

Página 19 Los revolucionarios y las elecciones europeas

¿ MERCADO COMÚN O EUROPA ?

Existe Europa y existe el Mercado Común. Mejor no confundirlos.

Ya que, el Mercado Común ampliado o no, no habrá Europa de los Doce, puesto que nunca existió Europa de los Nueve, o incluso de los Seis. Existe a lo sumo una unión aduanera más o menos frágil entre los actuales Nueve, que quizás se extenderá a Grecia, España y Portugal. Y entre Europa y el Mercado Común, existe lo que separa el mito de la muy modesta realidad, existe lo que separa una Europa políticamente unificada de simples convenios en el dominio de la economía.

Sin embargo, sólo esta Europa política, según confiesan los expertos burgueses, sería capaz de establecer un verdadero Mercado Común, después de haber fusionado previamente las monedas, las instituciones y los reglamentos nacionales.

Pero tal Europa nunca existió. En compensación, se discute desde hace treinta años. Se le ha construido edificios imponentes en Bruselas y en Luxemburgo. Incluso se le ha atribuido unos 6 000 funcionarios sólo para que se pueda hablar de ella más a gusto y más detalladamente. Es un homenaje, costoso, de los egoísmos nacionales para con las virtudes continentales : la hipocresía

de los Estados tiene sus obligaciones.

En realidad, en vez de una Europa unificada, sólo existe lo que se llama el «Mercado Común», o, más precisamente, la «Comunidad Económica Europea».

Este término de «Mercado Común», que suele emplearse es algo excesivo ; puesto que, en veintiún años de existencia oficial (desde la firma del tratado de Roma en 1957) y en cerca de treinta años de tanteos laboriosos (desde la formación de la C.E.C.A., la Comunidad Económica del Carbón y del Acero en 1952), esta C.E.E. todavía no ha sido capaz de establecer verdadera y totalmente la libertad de circulación de las personas, de los bienes y de los capitales por el conjunto de los territorios de los países firmantes. Aunque en 1968 se hayan suprimido las barreras aduaneras propiamente dichas, han sido reemplazadas por otras casi tan obstaculizadoras (tasas diversas, cuotas de importaciones, «descuentos», importes compensatorios, etc.) y considerablemente aumentadas por la crisis monetaria. Y la cuestión de la entrada de Grecia, España y Portugal, se plantea precisamente cuando la unificación económica dentro del Mercado Común sigue sin ningún

progreso desde hace diez años, según las propias palabras de los ministros europeos.

Con todo, la economía europea se asfixia, dentro de las fronteras nacionales. Es una evidencia desde hace decenios. Pero incluso el simple establecimiento de una unión aduanera limitada entre Estados —y que sin embargo no constituye solución alguna— necesitó años de esfuerzos y sigue tan frágil que amenaza constantemente con venirse abajo.

Este Mercado llamado Común sólo es en realidad el marco permanente de un conjunto de negociaciones comerciales multilaterales privilegiadas entre varios países, como existen algunos otros en el mundo.

Sin embargo, la ventaja de la C.E.E. para los países miembros es que ha suprimido las barreras aduaneras internas, pero conservándolas para con los demás países. Esta política proteccionista común en cuanto al resto del mundo (a menudo batida en brecha por los Estados Unidos en las negociaciones comerciales de lo que se llama hoy el «Tokyo Round», ex-«Nixon Round» que sucedía al «Kennedy Round», y dentro del cual la C.E.E. muchas veces tiene que inclinarse ante las exigencias de los USA que protegen sus propios mercados), por una parte ha favorecido los intercambios dentro de la C.E.E., procurándole al mismo tiempo cierta ventaja en las relaciones comerciales mundiales.

Para los gobiernos europeos es importante poner en evidencia el balance positivo de veinte años de política aduanera común: los intercambios dentro de la C.E.E. han aumentado en proporciones más fuertes que el aumento de los intercambios mundiales. Esta aceleración de los intercambios dentro de

la comunidad no se ha hecho a costa de los intercambios con el exterior, ya que aquellos han aumentado, muchísimo por su parte.

Claro, es difícil saber en que medida este balance comercial positivo se debe al mismo Mercado Común o simplemente a los dos decenios de prosperidad económica que el mundo industrial ha experimentado. Se puede pensar con razón que esta prosperidad económica es la que ha dado su eficacia a la política comercial de la comunidad. Y de ello las economías europeas han sacado provecho. Es innegable. Pero todo esto es relativo. Ya que, en cambio, es asunto muy diferente la cuestión de saber si esta C.E.E. ha permitido y puede permitir a los capitalismos europeos establecer en Europa una de las primeras potencias económicas.

En realidad, el Mercado Común no tiene nada que ver con cualquier política o estrategia industrial del imperialismo europeo. Primero por el mismo motivo de siempre que no existe UN imperialismo europeo sino antiguos imperialismos rivales, y porque éstos impiden aquello. Y después, porque la C.E.E. constituye menos una política económica deliberada y ofensiva que un conjunto de medidas contradictorias y ampliamente empíricas, que permiten quizás al gran capital europeo respirar un poco mejor, pero no progresar sobre nuevas bases.

¿POR QUÉ LAS BURGUESÍAS EUROPEAS HAN ESTABLECIDO EL MERCADO COMÚN ?

Hoy en día, se presenta fácilmente al Mercado Común como una institución económica cuyo objeto es ir en contra de la competencia de los Estados Unidos. En las negocia-

ciones comerciales mundiales, los mismos Estados Unidos baten en brecha muchas de las decisiones de la C.E.E.

Si se cree a ciertos panegiristas de la C.E.E., el Mercado Común habría intentado sobre todo asentar la potencia de la economía europea contra los apetitos del imperialismo norteamericano.

Pero en realidad, los motivos fundamentales que han presidido el origen de la política de la Comunidad, de la creación de la C.E.E. como de su próxima ampliación, casi no tienen nada que ver con tales ambiciones.

Fueron, incluso, los mismos Estados Unidos quienes, después de la segunda guerra mundial, estuvieron al origen de las primeras iniciativas pro-comunidad. Y durante los años siguientes, lejos de ser hostiles a la constitución de un mercado europeo único, lo favorecieron.

Después de la segunda guerra mundial, como después de la primera, los diferentes países europeos, vencedores o vencidos, en pleno período de restricciones y de racionamientos, establecieron barreras aduaneras elevadas y también «contingentaciones» a las importaciones. El continente europeo estaba a tal punto parcelado, agotado, desorganizado y erizado de barreras aduaneras que la simple reconstitución de su aparato productivo se encontraba frenado. Los mismos Estados Unidos que financiaban la reconstrucción, deseaban la creación en Europa de un mercado menos compartimentado. Los Estados Unidos, claro está, eran los primeros en tener interés en que económicamente se pusiera orden en Europa para facilitar la reconstrucción y racionalizar los préstamos financieros (y al mismo tiempo racionalizar su tutela), ¡pero también

para lograrse más fácilmente un mercado europeo, verdaderamente no operativo !

Pero el orden doméstico de Europa no fue cosa fácil. Y fue dando tumbos que la historia del Mercado Común empezó bajo la forma de tratados bilaterales que muchas veces duraron poco. Porque las industrias de los diferentes Estados, lejos de ser complementarias, se hacían competencia. Un mínimo de división del trabajo a escala europea llegó a ser indispensable.

La C.E.C.A. en particular, cuyo proyecto se emitió en 1948 y cuyo tratado se firmó en 1952 (lo que no era sin embargo más que una reedición del antiguo Pool carbón-acero realizado entre Alemania y Francia en 1939) permitió racionalizar el aparato de producción y la producción de las materias primas y de la industria pesada. De cualquier modo, el progreso tecnológico hubiera obligado a los capitalistas europeos a que construyeran su economía sobre bases menos estrechas que las de antes.

En 1957, el establecimiento formal de la C.E.E. (que preveía nada menos que la supresión de las fronteras en doce o quince años), acababa con esta puesta en orden, pero era incapaz de derribar los tabiques obstaculizadores.

Esta triste caricatura de unificación de los mercados europeos permitió, a lo más, que se cambiara el aire. Y como la Europa capitalista se iba reconstruyendo, mal que bien, bajo la tutela financiera y económica de los Estados Unidos, los europeos más entusiastas, es decir, sobre todo los representantes de la social-democracia que gobernaban entonces, aspiraban menos a unos «Estados Unidos de Europa» que a la Europa de los Estados Unidos. Lo que correspondía a la vez más a la

realidad, y lo que reducía de tanto más las ambiciones.

Entonces, hasta los años 1970, durante 20 años de desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas, de varias revoluciones tecnológicas, los capitalismos europeos se han reconstruido verdaderamente, se han hecho prósperos aunque siguiendo a distancia respectable las capacidades productivas del imperialismo norteamericano.

Las economías de Francia, Italia, Alemania han vuelto a desplegarse, cierto es, pero sin que puedan arreglárselas sin la protección de sus Estados nacionales respectivos que les protegían cada vez más, como una capa de plomo. Unas bocanadas de oxígeno fueron necesarias. Los del Mercado Común permitieron a los industriales nacionales de echar una ojeada, sobre horizontes más amplios y respirar con prudencia el aire de alta mar. Y si el Mercado Común permitió quizás a las economías europeas desahogarse estaba sin embargo lejos de poder asegurar las bases económicas de un desarrollo irresistible.

LA ADICIÓN DE TRES PIEZAS NUEVAS AL MECANISMO

Hoy en día, en 1978, el Mercado Común está a punto de integrar las penínsulas ibérica y helénica de Europa. Esta integración tardaría, según las declaraciones de la Comisión Europea, un mínimo de cinco años a un máximo de diez años.

¿Qué motivo tiene la Europa capitalista para apresurarse lentamente hacia las nuevas piezas de su mecanismo?

Los Estados Unidos actúan en grande a lo largo del mundo y de Europa mediante sus 358 firmas

mundiales que realizan, por sí solas, el 52 % de las inversiones extranjeras en el mundo (los campeones europeos llegan lejos detrás, con el 14,5 % para Gran Bretaña, el 5,8 % para Francia, el 4,4 % para la R.F.A.) ; las filiales norteamericanas controlan probablemente hoy del 15 al 20 % del potencial industrial europeo ; mientras tanto, las industrias europeas intentan acaparar lo que queda, es decir las «brechas» providenciales que les puede ofrecer esta nueva Europa mediterránea, recién salida de tres regímenes dictatoriales.

La entrada de los tres países permitirá sin duda a algunos trusts europeos que ambicionen algunos mercados por aquí, que firmen contratos por allá, quién para una fábrica siderúrgica o una central nuclear, (si el gobierno norteamericano da su acuerdo), quién para implantar filiales agro-alimentarias, allá donde los puestos no están ocupados por las firmas norteamericanas, etc.

Los países adheridos por su parte, tendrán mucho que hacer, para proteger su industria recién nacida y relativamente menos competitiva, de los apetitos de los países europeos. La competición europea está en efecto a la medida de las industrias europeas que conservarán en este marco, una posición de fuerza mientras aprovecharán de los nuevos mercados que representan tres países en pleno desarrollo económico. Los imperialismos europeos ambicionan con más interés aún las ventajas de estos mercados mediterráneos cuando globalmente no están a la altura de la competición mundial. Puesto que en el mercado mundial, las firmas norteamericanas siempre son las que dirigen el cotarro en sectores de vanguardia como aeronáutica y electrónica, pero también en el automóvil o en la

industria alimentaria, e incluso en la siderurgia, en la que *«logran ganar dinero»*, como lo observa con cierta envidia un periodista económico francés.

En cambio, el mercado europeo ofrece «brechas» más accesibles. La Francia de Giscard parece incluso deseosa de hacer de aquello su especialidad, fijándose por completo en las capacidades de exportación de *«la nueva generación de la industria francesa, dinámica sin jactancia, eficaz sin gigantismo, y sobre la cual Raymond Barre y Valéry Giscard d'Estaing echan una tierna mirada de cariño»*, como lo relata una encuesta del periódico económico *l'Expansion* del mes de diciembre de 1978 bajo el título: *«Diez pequeños franceses campeones de Europa»*. ¿Quiénes son aquellos nuevos campeones de Europa? Según la misma encuesta, fabricantes de campanas, de peleles, de máscaras de carnaval, de juguetes de plástico, de remolques que gustan a los alemanes, de máquinas de dibujo mejores que las norteamericanas. Cabe añadir ¡el líder del saxofono y el de la... urna electoral (en Francia, tenemos tradiciones que podrán servir a las nuevas democracias portuguesa y española), de los autochoques de feria, y de la conserva de gusanos blancos para los pescadores de línea, etc. ! Las vías del despliegamiento industrial europeo son diversas y variadas.

En los Estados Unidos, el vice presidente de Ford puede declarar sin complejo: *«Nosotros, los de la Ford Motor Company, miramos el mapa del mundo sin ver fronteras»*. La Europa de la comunidad, por su parte, tiene vanguardias a su medida, que no exigen estrategias planetarias. Lo esencial del porvenir industrial europeo parece radicar en el arte de descubrir brechas inexploradas y de readaptarse a ellas a tiempo.

Entonces, sí, el ampliamiento de la C.E.E. abre sin duda mercados interesantes a la medida de los antiguos imperialismos europeos que carecen de talla en el mercado mundial. Giscard pedirá esfuerzos de productividad a las empresas medianas, condenará las que periclitán, regateará mercados privilegiados a los trusts que viven del dinero del Estado. Las ambiciones, en suma, son relativamente razonables. Países como Francia se especializan en los mercados «modestos» y limitados, y se ponen entre los pretendientes, con todos los imperialismos de segundo plano, en España, Grecia, Portugal, del mismo modo que fueron a hacer cola en la China subdesarrollada.

La entrada de España, Portugal y Grecia ofrece pues perspectivas bastante tentadoras a los industriales y al gran capital europeos. Pero sin embargo permanecen prudentes y sólo se aventuran con pasos contados. Ya que, a pesar de que vean nuevos mercados, tendrán también que protegerse, de las filiales norteamericanas (ampliamente implantadas en los tres países candidatos), y también de ellos mismos, porque desembarcan en la plaza como europeos, cierto es, pero sin embargo competidores. Y desde luego, la ruta del desarrollo continental de los antiguos imperialismos europeos está llena de obstáculos y de incertidumbres.

¿UN PORVENIR PARA LA EUROPA CAPITALISTA ?

Entonces, ¿este Mercado Común, ampliado reforzará el imperialismo europeo ?

Es poco probable. Los industriales y los jefes de Estado europeos mismos, no lo creen, y con razón.

Ya que, al fin y al cabo, lo más notable en el asunto es que, en 1978, las potencias capitalistas europeas todavía están explorando su propio mercado continental. Y en eso, el capitalismo europeo tiene cincuenta años de retraso sobre los Estados Unidos de América, que habían superado ya esta fase, después de la primera guerra mundial, puesto que a partir de los años 1920, estos últimos gozaban de un mercado unificado, a escala de su continente, que representaba una inmensa plaza de armas para lanzar nuevas operaciones a escala mundial. Desde entonces, el capitalismo norteamericano ha conquistado el planeta e incluso Europa. Y ésta ya no puede recobrar el pasado.

En realidad, la época de un capitalismo europeo capaz de superar su compartimentación en Estados nacionales está revuelta desde hace mucho tiempo. Hace más de sesenta años que el desarrollo del capitalismo en Europa, se opone a los marcos arcaicos de los Estados nacionales rivales. Y es porque el capitalismo europeo se asfixiaba, que Europa, en 1914 como en 1939, participó a la guerra mundial. El militarismo imperialista no consiguió reorganizar la economía europea. Dos guerras mundiales sólo consiguieron mantener en Europa las mismas formas sociales capitalistas, pero más reaccionarias: con las mismas barreras aduaneras, pero cada vez más erizadas de obstáculos, las mismas fronteras pero más estrechas, con ejércitos más numerosos y gastos de guerra muchísimo más importantes.

En estas condiciones, no son los treinta años de tartamudeos comunitarios tímidos y prudentes que ten-

drán mejor alcance en la realización de la unidad económica de la Europa capitalista.

En cuanto al Mercado Común, depende menos de una cualquiera ambición «europea» que de una resignación de los imperialismos europeos, convertidos en satélites del imperialismo norteamericano, a acondicionar más bien mal que bien la porción congrua de territorio en la que deben cohabitar.

Nunca será capaz el Mercado Común de liberar el mercado europeo. Ni siquiera lo ha verdaderamente decompartimentado. Y su próxima ampliación será más semejante a una arcaica chapucería que a un conjunto de medidas permitiendo la liberación de las fuerzas productivas al nivel europeo. Puesto que esta tarea supera la capacidad de las fuerzas de las burguesías europeas socavadas por rivalidades y antagonismos que se han cristalizado desde hace más de un siglo. Y los actuales gobiernos burgueses de Europa, tal como lo decía Trotski hace cuarenta años, siguen siendo semejantes a esos *«asesinos unidos a la misma cadena»*: no tienen superior libertad de maniobra. Por eso, la extensión del Mercado Común no es ni progresiva, ni reaccionaria, sino sólo un arreglo amistoso de las actuales contradicciones imperialistas. Y a ese título, los trabajadores no tienen razón alguna de ser favorables o no.

¿TIENEN ALGO QUE TEMER LOS TRABAJADORES DE LA INTEGRACIÓN DE ESPAÑA, PORTUGAL Y GRECIA EN EL MERCADO COMÚN ?

Si, fundamentalmente, la ampliación del Mercado Común no cambiará gran cosa al capitalismo europeo,

¿tendrá ésta consecuencias favorables o perjudiciales a los intereses de los trabajadores ?

El Partido Comunista Francés, ve en esta próxima ampliación, el origen de todos los perjuicios futuros de la población laboriosa francesa, la importación de la miseria, la ruina de los campesinos del Mediodía debida a la competencia de los productos agrícolas (vinos, frutas y legumbres) que benefician de costes muy baratos de mano de obra, la ruina de la industria textil, de los astilleros, del calzado y de la siderurgia expuesta a la competencia industrial de esos países.

Además, el P.C.F. ve en la ampliación del Mercado Común una Europa ampliada (sometida a Alemania) una «*Europa de los trusts*» en la cual las desigualdades de desarrollo entre Europa del Norte y Europa del Sur resultarían accentuadas.

¿Reposan esos argumentos en una realidad objetiva ?

UNA COMPETENCIA QUE EXISTE DESDE HACE AÑOS

La ampliación de la C.E.E. corresponderá sin duda a un incremento de los intercambios entre países europeos, y por lo tanto de la competencia, pero este incremento como la competencia de nuevos productos procedentes de Grecia, España y Portugal, es ya un hecho adquirido desde hace diez años. Y la extensión de la Comunidad Europea sólo ratificará y reforzará una situación de hecho que ya existe.

En efecto, acuerdos comerciales preferenciales existían ya entre Francia y esos tres países. Desde 1968, Grecia goza de la franquicia aduanera para sus exportaciones industriales, y para la casi totalidad de sus exportaciones agrícolas. In-

versamente, se comprometió a abolir por etapas los derechos arancelarios para los productos procedentes de la C.E.E. De 1961 a 1973, los intercambios comerciales entre Grecia y la C.E.E. se han sextuplicado, y las exportaciones de Grecia hacia la comunidad han decuplicado. Las frutas en conservas, y cantidad de otros productos llegaron al mercado Europeo mucho antes de la entrada oficial de Grecia.

Para Portugal, existen acuerdos desde 1972. Para España un acuerdo comercial preferencial fue firmado en 1971. Los agrios especialmente gozan de una reducción arancelaria del 40 % como muchos otros productos.

En realidad, con la integración en la Europa de los Nueve, son más bien las industrias griegas, españolas y portuguesas que tendrán que protegerse de la competencia industrial europea, cuya competitividad es globalmente superior, pese a las diferencias entre los costes de mano de obra.

Y si competencia hay concernirá ante todo la agricultura, para algunos productos determinados como los agrios o vinos portugueses y españoles (aunque los vinos para mezcla españoles competirán más bien los vinos argelinos).

EL PARO VIENE DE OTRA PARTE

Decir que el Mercado Común ampliado realizará «*la Europa de los trusts*», generadora de paro, no es sino una manera oculta de afirmar la voluntad de prohibir la entrada de los trabajadores españoles, portugueses, o griegos en «*la Francia del capital*». Las causas del paro no tienen nada que ver con la ampliación o no del Mercado Común. Su causa es la crisis de la economía

capitalista ; y ésta atraviesa las fronteras que estén abiertas o cerradas.

Evidentemente, si la crisis económica se agrava, el paro aumentará y de cada lado de las fronteras. Y la ampliación del Mercado Común, no tendrá culpa alguna ¡si es que aún se habla del Mercado Común !

¿QUIÉN PUEDE SUFRIR DE LA AMPLIACIÓN DEL MERCADO COMÚN ?

Entonces, claro que la ampliación de la C.E.E. concierne en primer lugar al gran capital, que es el principal interesado. Y en la escena europea como en otras partes, las correlaciones de fuerzas juegan contra los más débiles.

Las regiones más pobres de los tres nuevos países tienen todas las posibilidades de permanecer pobres, mientras que la concentración industrial afectará sobre todo las regiones ya industrializadas.

En el seno del Mercado Común agrícola por ejemplo, los apoyos financieros han ido en primer lugar, y en su mayor proporción, hacia los que menos lo necesitaban, es decir los capitalistas agrarios más competitivos. Los pequeños campesinos recibieron la porción congrua. Y probablemente pasará lo mismo en el Mercado Común ampliado.

Y los que pueden sufrir de la ampliación del Mercado Común, del incremento de los intercambios, de la producción en vista de la exportación, de la competencia industrial y agrícola, serán sin duda la pequeña burguesía y los pequeños industriales que no han encontrado su justa posición, y los campesinos que no han logrado su readaptación capitalista.

En el marco de la ampliación, los industriales europeos no tienen gran cosa que temer de los precios industriales de España. Las firmas agroalimentarias, lejos de sufrir de la competencia de productos agrícolas baratos, se abastecerán en materias primas baratas por una parte, y beneficiarán, por otra parte, del menor coste de la mano de obra allí donde se implantarán.

En cambio, son efectivamente los campesinos quienes pueden sufrir de la competencia de costes agrícolas más baratos, procedentes de los tres países. Y serán ellos que tendrán que pagar la cuenta, si hay cuenta que pagar y si no saben adaptarse a tiempo.

Pero esto no es cosa nueva. Hace cerca de veinte años y aún más, que los campesinos sufren, a su costa, la nota del crecimiento capitalista. No ha sido necesario el Mercado Común para obligar al campesinado a producir en dirección de un mercado que desconocen, fuera de su alcance, sin posibilidad de control y de ajustamientos locales. Mientras tanto, y sin que los campesinos españoles, griegos, o portugueses fueran responsables, el campesino francés, o bien tuvo que abandonar su tierra y proletarizarse, o bien especializarse en productos perecederos, integrándose totalmente en las relaciones capitalistas, dependiendo de los proveedores de abonos y máquinas por una parte, y de los que comercializan y transforman esos productos por otra parte. Y para mantener su nivel de vida, esos campesinos forzados a la producción industrial deben vender muy caro un producto de efímera duración, y que pese a sus características naturales, deben adaptarse a la rentabilidad capitalista.

Entonces, sí, el campesino francés, de grado o por fuerza, debe

desempeñar el papel de un capitalista, incluso si no tiene la posibilidad de ingresar los intereses de su capital, o abandonar su tierra si piensa que la cosa no vale la pena.

Y los campesinos, como los pequeños burgueses, serán víctimas o no de las nuevas condiciones del mercado, según las resistencias y vocerías que opondrán a esta evolución forzada. Y menos se dejarán manipular, menos el camino será directo. Lo mostraron en el pasado.

Pero hoy en día, en 1978, la transformación de la agricultura tradicional en agricultura capitalista es un fenómeno ya consumado en gran parte. Una competencia incrementada por parte de algunos productos españoles o portugueses, no hará más que ampliar sin duda ese proceso, reforzará el carácter capitalista de la agricultura, sin agravar obligatoriamente las consecuencias humanas.

Pues el sacrificio de la industrialización agrícola ha sido ya consumado por los pequeños campesinos franceses hace varios años. Y el principal contingente de las víctimas, debió sumarse a las filas del proletariado urbano.

LOS TRABAJADORES NO TIENEN QUE ESPERAR NI QUE TEMER DEL MERCADO COMÚN DE LOS DOCE

Durante la creación del Mercado Común en 1957, el Partido Socialista veía una panacea, el Partido Comunista, como hoy en día, preveía lo peor.

Entonces también, pronosticaba la importación de la miseria, no la de los trabajadores portugueses, griegos o españoles, sino la de los trabajadores italianos. Incluso predecía la pérdida de las ventajas

sociales que los trabajadores franceses hubieran tenido sobre los trabajadores alemanes. Según él, se iba a conocer el paro, ya que la supresión de los derechos arancelarios arruinaría la industria francesa aplastada por la competencia extranjera. El órgano del P.C.F. de las fábricas Renault-Billancourt *«L'Echo des metales»* del mes de marzo de 1957, se inquietaba : *«tomemos el ejemplo de la Volkswagen : si el Mercado Común se ratifica, se importará al coste de 452 000 francos ; o sea 100 000 francos de menos que la Dauphine»*. La célula de Renault-Billancourt no veía más que la industria francesa del automóvil en pérdida, y agitaba el espectro del paro.

Con la creación del Mercado Común, se predecía en Alemania la ruina de los productores de puercos alemanes, y en Francia la de los productores de bueyes franceses, etc.

Veinte años de Mercado Común han pasado, y nada de eso ha sucedido.

Lo que se puede decir, es que durante veinte años la ampliación del Mercado Común coincidió con un período de prosperidad en Europa y en el mundo, y con una aumentación global del nivel de vida.

El porvenir de la Comunidad ampliada, los capitalistas mismos no lo conocen, y claro está, nosotros tampoco. El Mercado Común, es sólo la suma de incertidumbres dentro de las cuales la evolución de la crisis y de las rivalidades nacionales serán sin duda determinantes.

Pero de todos modos, el destino de los trabajadores no depende más que accesoriamente de las incertidumbres económicas del futuro Mercado Común de los Doce, que además nadie puede prever. Y pronunciarse en favor o en contra del

Mercado Común, fundando su elección en tal incertidumbre, es ridículo. Pero sobretudo la clase obrera tiene algo más que hacer que encadenar su destino al desarrollo económico feliz o infeliz de la burguesía.

Pero una cosa es cierta. Las barreras aduaneras nunca fueron una protección para los trabajadores, sino para los capitalistas y sus ganancias. Y no son los trabajadores quienes tienen interés en preservarlos.

PERO QUIZÁ, PODRÁN SACAR UN BENEFICIO POLÍTICO

Si en el marco de la próxima ampliación del Mercado Común, los trabajadores deben pronunciarse respecto a algo, lo harán considerando las condiciones morales y políticas que les serán hechas, en lugar de las condiciones materiales con las que es difícil especular. Y quizá habra

una cosa, una sola cosa positiva, pero que tendrá su importancia : una más libre circulación de los trabajadores de los doce países europeos. Y si en este contexto, deben combatir por algo, será para impedir cualquier limitación a esta libre circulación y para ampliar las garantías sociales cívicas y políticas.

Porque la clase obrera saca beneficios morales y políticos de una mayor capacidad de movimiento. No sólo puede sacar una superior capacidad de solidaridad, sino además nuevas razones para derribar las fronteras. ¿El capital podría reforzarse ? ¡La revolución no procederá de su debilitamiento ! Y la libre circulación de los trabajadores podría concentrar las fuerzas de la clase obrera y ampliar las bases de su resistencia y de su conciencia de clase. Y en todo caso, podría disminuir el nacionalismo, el patriotismo y el chauvinismo que son medios para someter los trabajadores y que la política del P.C.F. contribuye en reforzar.

Europa Unida será socialista o no será

La división de Europa en Estados nacionales es hoy algo superado. Lo que es verdad a escala mundial, a saber que las fronteras no corresponden ya al desarrollo de los intercambios económicos y a la división internacional del trabajo, es aún más verdad a escala de Europa donde esas fronteras son barreras dentro de las cuales la economía de cada país se ahoga. Los Estados nacionales europeos son un marco superado desde hace mucho, por la evolución objetiva de las cosas. Incluso es paradójico que todavía hoy se plantee el problema de saber si Europa forma un todo, o aun si España y Portugal forman parte de Europa, cuando no sólo la geografía sino también la historia de estos países han zanjado desde hace mucho tiempo. Los pueblos que viven hoy en Alemania, Portugal, Francia, y además no solamente en la Europa de los Seis, de los Nueve o de los Doce, sino en toda la Europa del Oeste como del Este, tienen un pasado común, y tienen múltiples lazos. Y Europa debería estar unida en el seno de un mismo Estado desde hace mucho.

LA EUROPA DEL MERCADO COMÚN : ORGANISMOS SIN PODER

La Europa de los Seis, la Europa de los Nueve y quizás mañana la Europa de los Doce de que hablan la prensa y los hombres políticos, es en realidad sólo una tentativa de Mercado Común. A este respecto hablan de construcción de Europa, disiertan de los peligros de ver mañana a la soberanía de los Estados puesta en causa como si el Mercado Común fuese un primer paso hacia una Europa política. Pero no hay nada de esto. Las prerrogativas de los organismos creados en el marco del Mercado Común son exclusivamente de orden económico ; y esos organismos, incluso en el plan económico, no gozan de un poder real con respecto a los Estados que componen esta Comunidad Económica Europea.

Y cuando se examina la composición y los poderes de cada una de las instituciones establecidas por el Tratado de Roma (y modificadas en 1967), es decir la Comisión de

Bruselas, el Consejo de Ministros, el Parlamento Europeo y la Corte de Bruselas, se nota que ninguna tiene autonomía con respecto a los Estados representados.

Tomemos por ejemplo el caso de la Comisión de Bruselas, que está encargada de la preparación de las decisiones comunes y tiene la iniciativa de las propuestas hechas a las otras instancias. Está escrito que debería *«actuar con toda independencia con respecto a los Estados y en el interés general de la Comunidad»*.

Pero sus miembros, nombrados para cuatro años por sus gobiernos respectivos, defienden en realidad cada uno los intereses particulares de sus Estados, aunque se les suponga *«no solicitar ni aceptar en el cumplimiento de su deber instrucciones de ningún gobierno»*. Además, aunque esta independencia existiera, los miembros de la Comisión no tendrían por eso los medios de prevalecer un interés por encima de las naciones ya que no tienen ningún poder de decisión.

En efecto, las decisiones, suponiendo que se pueda hablar de «decisiones», son tomadas por otra institución, el Consejo de Ministros. Este término de «Consejo de Ministros» puede dar motivo a confusión, ya que puede dar a entender que esos ministros son los miembros de un gobierno europeo, procediendo del Parlamento europeo o de instancias europeas. No hay nada de eso en realidad. Estos ministros son muy simplemente ministros que pertenecen a los gobiernos miembros (el ministro de los Asuntos exteriores o el de Hacienda según los asuntos tratados). Actúan, claro está, en tanto que representantes directos de estos gobiernos, sin

ninguna autonomía con respecto a éstos.

Así constituido, el Consejo de Ministros está encargado de declararse sobre las propuestas de la Comisión de Bruselas. Por lo tanto, es la instancia que más poder tiene. En realidad, no tiene ninguna posibilidad de forzar un Estado a actuar en el interés común. Funciona respectando los intereses y la soberanía de cada Estado ya que sólo puede decidir cuando todo el mundo está de acuerdo. Es el sentido de la práctica que quiere que las decisiones, para todos los asuntos importantes, sean tomadas a la unanimidad.

Y sin duda para que la soberanía esté lo máximo asegurada, es de notar, además, que la mayoría de las decisiones tomadas por el Consejo no son «arreglos» aplicables inmediatamente por los Estados —sin embargo, esto está previsto por los tratados internacionales— sino sólo «directivas» cuyas modalidades y plazos de aplicación se dejan a la iniciativa de cada gobierno.

En cuanto al Parlamento, que apenas tiene el derecho de discutir los proyectos, no dispone de ningún poder y no es el hecho de que tenga que ser elegido al sufragio universal que se lo dará.

Queda el Tribunal de Luxemburgo, especie de Tribunal de justicia encargado de juzgar los litigios que pudieran resultar de la aplicación de los tratados: sólo trata, lo más a menudo, de problemas secundarios.

Entonces, con un poder legislativo limitado a ciertos asuntos y que no puede legislar sino teniendo el acuerdo de los diferentes gobiernos y con, por otra parte, un poder ejecutivo inexistente a nivel europeo ya que en realidad a cada Estado le incumbe hacer aplicar las leyes, los organismos dirigentes del Mercado Común sólo pueden desempeñar un



A Dutch coal miner at the time of the setting up of the European Coal and Steel Community. The same coalfields may provide coal industries in different—and sometimes competing—countries. Geology ignores the borders created by the bourgeoisie.

Minero holandés del carbón a la época de la instauración de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Son a veces los yacimientos de una misma cuenca minera que alimentan industrias mineras nacionales diferentes, incluso competidoras. La geología, en cambio, no conoce las fronteras que las purguezas se han dado.

papel reducido. Están condenados, en realidad, a tomar medidas compatibles con el interés particular de cada Estado. Pero serían necesarios otros instrumentos políticos muy distintos para unir Europa, incluso en el plan económico.

MEDIDAS ECONÓMICAS IMPOTENTES EN AUSENCIA DE UNA UNIDAD POLÍTICA

El Mercado Común, veinte años después de su creación, no es realmente un mercado unificado. Existe una unión aduanera con supresión de los derechos de aduana en el seno de la Comunidad Económica, y con unificación de ciertas tarifas arancelarias con otros países. Además, en el plan agrícola, Europa verde tiene a su activo, una política común.

Sin embargo, todas, las medidas tomadas no tienen nada que ver con una verdadera abolición de las fronteras. El Mercado Común dispone las fronteras para facilitar la circulación de las personas, de los bienes, de los capitales, en los nueve países hasta ahora concernidos, pero no las suprime.

Lo que ocurre en estas mismas fronteras es todo un símbolo. Lógicamente, si existiera una unión aduanera, la supresión de los derechos arancelarios entre los Nueve, los aduaneros deberían de ser menos. Es la lógica, quizás, pero no la del Mercado Común. Aduaneros, relata el muy oficial folleto *la Europa de los Nueve* publicado por la *Documentación Francesa*, los hay más, y explica : «*si la cantidad de aduaneros no ha disminuido, (hasta ha aumentado) y si subsisten controles en las fronteras, no son de naturaleza*

aduanera sino de orden administrativo y fiscal : las tasas de la TVA varían de un Estado a otro, e importa, para no falsear la competencia, establecer compensaciones al paso de la frontera».

De esta manera, en lo que se refiere a los coches, con ser la TVA francesa (tasa al valor agregado, el principal impuesto indirecto), del 33,33 % y la TVA alemana del 11 %, se ha establecido, para legalizar las condiciones de competencia, un surtido completo de descuentos y de tasas compensatorias para tratar de evitar que los coches franceses sean menos competidores en razón de la fiscalidad superior.

¿No hubiera resultado más económico prever una armonización de los sistemas de TVA, de los impuestos indirectos, entre los diferentes Estados ? Es un proyecto cuya realización se revela lenta y difícil. Y las dificultades con las cuales ésta tropieza muestran hasta que punto los organismos de la C.E.E. tienen dificultad en impulsar reformas incluso limitadas, tan pronto como se trata de asuntos como la fiscalidad, que cada Estado quiere seguir dominando totalmente.

Pero algo amenaza todavía más gravemente la libre circulación de las mercancías : la ausencia de moneda única. Y por falta de ésta, todas las adquisiciones del Mercado Común pueden ser discutidas de nuevo por el simple hecho de la inestabilidad monetaria. En efecto, las cotizaciones de las monedas varían con una velocidad y una amplitud tal que los capitalistas que exportan nunca saben qué beneficio van a realizar realmente. Entre el momento en que un capitalista cierra un trato y el momento en que esté pagado, pueden producirse variaciones monetarias tales que el asunto no le proporcionará lo que esperaba. Tanto es

verdad además que para las grandes sociedades capitalistas, el Estado toma a su cargo garantías en este marco.

Pero ahí está: no hay manera alguna de evitar estos problemas sin moneda europea común. Y es justamente lo que es imposible realizar en una Europa fraccionada en Estados nacionales. No hay moneda europea posible sin un Estado europeo.

Desde la aparición de los Estados modernos a partir de la dispersión feudal, la emisión de monedas es monopolio de Estado. No es por nada. Apenas los reyes de Francia —con sólo citarles— hubieron inventado el privilegio de acuñar moneda, entonces en oro o plata contante y sonante, inventaron igualmente la posibilidad de modificar lo que contenía de metal precioso, a su ventaja, claro está. Los Estados actuales desarrollaron a todo otro nivel que las modestas tentativas de Felipe el Bello, el arte de la inflación. El papel moneda ofrecía perspectivas ilimitadas en la materia.

Solamente, de resultas, no son ya sólo los Estados los que necesitan de su moneda; las monedas necesitan tanto de sus Estados. Para que unos vulgares trozos de papel colorado, o unas rodajas de metal nada precioso, alcancen la nobleza de una moneda, es necesaria toda la autoridad de un poder de Estado, que imponga, por la fuerza, su utilización a sus súbditos.

Sin Estado europeo capaz de imponer el curso forzado de la moneda a todos sus sujetos, no hay moneda europea.

Entonces, por no tener una moneda europea, las diferentes burguesías tratan de enganchar las diferentes monedas europeas las unas a las otras, con el fin de limitar

por lo menos las variaciones de las unas con relación a las demás. De ahí los sistemas monetarios sucesivos, tan ineficaces como provisionales. De la «serpiente» al E.C.U., la imaginación de los países europeos en la materia es mucho más poderosa que su poder.

... Y SIEMPRE REVERSIBLES

En realidad, lo que caracteriza las realizaciones del Mercado Común, es su carácter precario y contractual entre Estados soberanos que, al ponerse de acuerdo para disminuir o suprimir tal o cual obstáculo aduanero, guardan siempre la posibilidad de volver atrás. Y usan de ésta cuando lo estiman necesario. Estas realizaciones frenan pero no impiden los repliegues proteccionistas y nacionalistas ya que los Estados guardan el derecho de invocar pretextos, normas inadecuadas por ejemplo para rechazar la entrada de tal o cual producto. Además, todos los tratados y acuerdos llevan cláusulas de salvaguardia que prevén que en caso de dificultades mayores, los Estados miembros podrán temporalmente aislar su mercado.

Por último, todas estas reglamentaciones son de poco alcance ya que su ineficacia e incluso su aplicación están subordinadas a la voluntad de los diferentes Estados de acordar su política económica. Ahora bien, en este plan, menos en el sector de la agricultura, nada ha sido hecho. Las grandes ambiciones de la política energética no han sobrepasado las realizaciones anteriores de la C.E.C.A. Están en regresión en lo que se refiere a la energía atómica mientras que, frente a la crisis del

petróleo, las actitudes nacionales de los diferentes Estados han divergido.

Desde luego la Europa del Mercado Común está lejos de ser solamente un mercado unido.

UN ESTADO EUROPEO ES NECESARIO PARA LOS PUEBLOS DE EUROPA

En el momento en que muchas empresas industriales tienen una capacidad de producción que sobrepasa ampliamente las necesidades y los límites de uno solo de los Estados europeos ; en el momento en que la producción de la mayoría de las mercancías pone en obra materias primas, técnicas, piezas procedentes de otros países europeos ; en el momento en que en muchos sectores como la aeronáutica, los transportes, las telecomunicaciones, la informática, muchas realizaciones implican de manera imperativa la puesta en común de los recursos materiales y de las experiencias técnicas y científicas de diversos países, la unificación política, económica, humana de Europa sería una necesidad vital para los pueblos.

Un Estado europeo permitiría una racionalización de la producción más avanzada de la que existe hoy, en una Europa artificialmente dividida por barreras aduaneras, fiscales y monetarias.

Pero la unificación europea no solo tendría consecuencias en el plan económico. Podría ser el marco de una vida social mucho más rica.

Si cualquier inglés, francés, italiano, alemán u otro pudiera sentirse «en su casa» en cualquier país de Europa, los intercambios sociales serían más variados y ricos. Cada

pueblo podría aprovechar las experiencias culturales y científicas de sus vecinos, confrontar su modo de vida al suyo, y salir del mundo estrecho delimitado por las fronteras instituidas.

La libre circulación de los hombres sólo existe en parte hoy en Europa ; ésta no impide que una persona que emigra en el seno de Europa no disponga de sus derechos políticos en el país que le acoge. La existencia de un Estado europeo podría poner un término a esta situación injusta.

Pero un Estado europeo, la supresión de las fronteras, no sólo sería un factor de progreso económico y social. Podría ser también la condición del desarrollo de las diferentes nacionalidades de Europa. Ya que, contrariamente a lo que pretenden los partidarios de la pretendida «*Europa de las patrias*», la unificación europea no significaría en sí —todo lo contrario— menos libertad para cada uno de los pueblos que viven en Europa, porque desde hace mucho tiempo, las fronteras que los separan sólo sirven para oprimir.

¿A qué sirve que haya hoy en Inglaterra, Alemania, Francia, un Estado soberano en sus fronteras ? ¿A garantizar a todos los pueblos derechos nacionales ? No. Ya que las minorías nacionales que reivindican esos derechos se enfrentan con el rechazo de esos Estados en acordárselos. En la «*Europa de las patrias*», las minorías nacionales sólo tienen que callarse. Entonces, esas fronteras nacionales no son un instrumento para aquellos que quieren la libertad.

Actualmente, la fragmentación política de Europa deja en manos de cada burguesía nacional un instrumento, un Estado propio, que le es indispensable en la guerra económica a la cual se libran las burguesías

entre sí. Es una razón suplementaria para desear que estos Estados caducos desaparezcan. Y con ellos, la propaganda nacionalista y patrioter que hace que en cada país se considere los habitantes del país vecino como competidores, incluso como enemigos.

En tanto que socialistas, somos partidarios de acabar con esas patrias superadas. Somos partidarios de un Estado europeo cuyos pueblos escogerían libremente la manera de federarse en su seno. Claro está, un tal Estado, si se hallara en manos de la burguesía europea, sería todavía un instrumento destinado a explotar y oprimir. Pero preguntarse si constituiría un progreso con relación a la situación existente es un problema falso. Porque lo que es evidente, es que la burguesía no quiere de un Estado europeo, aunque esté en manos de los capitalistas.

... PERO LOS CAPITALISTAS NO QUIEREN DE ÉSTE

En efecto no solamente los capitalistas de los diversos países de Europa no quieren de un Estado europeo, sino que, ni la burguesía inglesa, ni la burguesía francesa, ni la burguesía alemana, por sólo citar éstas, están dispuestas a tolerar que una cualquiera autoridad se imponga, en nombre de un interés colectivo, a su Estado.

En cada Estado, cada burguesía se ha creado su aparato militar y policiaco, que conoce, que sabe a su servicio y que prefiere mantener a su servicio exclusivo en lugar de compartir su utilización con sus rivales y

concurrentes. Cada burguesía nacional necesita de este aparato de Estado no solamente contra sus clases explotadas —en este terreno un aparato de Estado «supranacional» podría quizás ser concluyente al menos en lo que se refiere a la represión— pero igualmente contra las otras burguesías nacionales. Porque las burguesías nacionales son competidoras entre sí, y el Estado nacional es un instrumento esencial en esta competencia, hasta esa forma de extrema competencia que es la guerra.

Y a nuestra época en la cual, por el medio de las subvenciones, de los pedidos, de las ayudas de todas clases, los Estados nacionales desempeñan un papel primordial en el mantenimiento de la ganancia de los capitalistas más importantes, ninguna burguesía nacional tomaría por su propia voluntad el riesgo de ver ese instrumento escaparle.

Tomemos el ejemplo de la moneda. Si el Estado francés perdiera el control de la moneda en Francia, si ya no tuviera la posibilidad de decidir solo la producción del papel moneda pero tuviera que pedirle la autorización a sus asociados, ¿tendrían los siderurgistas franceses las mismas posibilidades en ver afluir las subvenciones en sus bolsillos? Posiblemente embolsarían algunas, pero habría riesgos que otros sean más favorecidos que ellos; riesgos que ningún capitalista desea correr.

Y la moneda es un ejemplo entre otros, puesto que los Estados nacionales tienen otros recursos para defender los privados intereses capitalistas. Con un Estado europeo, incluso federal, los pedidos del Estado aquellos por los cuales tantas industrias sobreviven, ¿a quienes les serían hechos? ¿A Dassault?, ¿a Messerschmitt? o ¿a Fiat? Pues bien, mientras el Estado francés sea

todopoderoso en Francia, Dassault sabe que los pedidos hechos por el Estado serán para él ; prefiere más bien mantenerse que arriesgarse.

Los capitalistas están dispuestos en cooperar en ciertos aspectos como lo hacen por ejemplo en la aeronáutica con la construcción de Concorde o del Airbus, o como lo hacen en el sector de los transportes o de las telecomunicaciones, pero siempre se trata únicamente de contratos puntuales más allá de los cuales se niegan ir.

Están de acuerdo en realizar una unión aduanera pero a condición de que cada Estado guarde, por el juego de las monedas, de las tasas, de los reglamentos, la posibilidad de protegerse colocando a sus fronteras barreras tan eficaces, si era necesario, que las ya constituidas por los derechos de aduana.

Los trusts que ya producen más allá de las fronteras se han desarrollado, cada uno protegido por un Estado del cual desean seguir sirviéndose.

Y más generalmente, es para proteger sus intereses privados que capitalistas de cada país se agarran a sus fronteras, se agarran a su

Estado. Y esto, con riesgo de poner trabas al desarrollo económico, con riesgo de paralizar un día los intercambios y recurrir a la guerra.

LES TOCA A LOS TRABAJADORES CONSTRUIR EUROPA

Los Estados Unidos capitalistas de Europa no verán el día.

Los capitalistas y los hombres políticos a su servicio no construirán Europa. El mantenimiento de las fronteras nacionales, de los Estados nacionales, es uno de los aspectos más retrógradas de la dominación de la burguesía sobre el mundo.

Entonces, si, la Europa unida es una necesidad profunda. Pero su realización será una de las tareas de la revolución proletaria. Porque necesita el derrocamiento revolucionario de una burguesía reaccionaria, incapaz de hacer adelantar la sociedad en el sentido del progreso.

Los Estados-Unidos de Europa serán socialistas o no serán.

Los revolucionarios y las elecciones europeas

Las elecciones al Parlamento europeo están lejos aún, pero la agitación que se ha apoderado de los Estados Mayores de los grandes partidos políticos a este respecto, es tal que nadie en este país puede ignorarlas.

Más exactamente, ya nadie puede ignorar, habiendo empezado manifestamente la carrera tras los votos, que en Francia se votará en junio próximo. Pero es menos seguro que sea tan evidente para todo el mundo, que elecciones similares se desarrollarán el mismo día, en los demás países del Mercado Común para designar mediante el sufragio universal, a los diputados del Parlamento europeo.

Parlamento además tan discreto que es desconocido. ¿Cuánta gente sabe por ejemplo, que existe desde hace 20 años, desde 1958 ? ¿Cuántos de los que conocen vagamente su existencia no lo confunden con el Consejo de Europa, que reúne desde 1949 —también en Estrasburgo— y a fines puramente decorativos, representantes de casi todos los países europeos (exceptuando naturalmente la URSS y sus satélites) ?

¿Cuánta gente en Francia ha oído hablar de las tareas de ese Parlamento europeo, y de las tomas de posición de los diputados que

ocupan sus escaños, aunque sólo fuese de los 36 diputados franceses, o aunque sólo fuese de los de la oposición, ya que el Partido Comunista como el Partido Socialista, tienen cierto número de representantes ?

Casi nadie ; y no es extraño, ya que el Parlamento europeo apenas desempeña una función, y que las discusiones que se desarrollan en su seno casi no tienen influencia en la vida cotidiana de los 260 millones de habitantes de la Europa de los Nueve.

UN «PARLAMENTO DE ADORNO»,
SIN PODER, SIN MEDIOS,
SIN ATRIBUCIONES.

Y es que el Parlamento europeo ni siquiera es un verdadero parlamento. Tiene mucho menos poder aún —y es mucho decir— que un parlamento nacional. Además, el tratado de Roma que creó el Mercado Común, sólo designaba este organismo bajo los términos de «asamblea europea», y los miembros de esta asamblea —preocupados sin duda en revalorizar su función— son los que lo han rebautizado «parlamento».

La diferencia con un parlamento nacional es de talla. Un parlamento

nacional, es un organismo que legisla, es decir que discute los textos de ley, y que adopta algunos. Naturalmente, no basta con que una ley haya sido votada para que sea aplicada. Los ministros concernidos o el jefe del Estado pueden diferir largo tiempo, incluso indefinidamente, sus efectos con no publicar los necesarios decretos de aplicación. Pueden también cambiar su contenido gracias a decretos de aplicación adecuados. Pero sin embargo en todas las democracias burguesas el parlamento no desempeña una función política desdeñable.

Mas el Parlamento europeo, por su parte, es un parlamento que no legisla por la sencilla razón que nunca existió hasta ahora, y que tampoco existirá después de las elecciones del próximo junio, un organismo supranacional encargado de elaborar leyes que se impongan a todos los Estados miembros de la Comunidad. Esto no está previsto por el tratado de Roma. Y lo único que está previsto, con el objeto de facilitar la libre circulación de las mercancías, de los capitales, y de las personas, es que los diferentes miembros de la Comunidad Económica Europea se empleen en armonizar su legislación económica y social. Pero incluso en esta tarea la función del Parlamento europeo es en extremo modesta.

No decide de nada. Ni siquiera puede directamente proponer medidas al consejo de ministros. Sólo puede dirigirse a la comisión de Bruselas, cuyos trabajos está encargada de controlar. Como además su competencia, al igual de la de todos los organismos de la CEE, está rigurosamente limitada al dominio económico, el Parlamento europeo es la sede de doctos debates ¡que tienen como objetivo determinar si

son perfectamente judiciosas las proposiciones de la comisión de Bruselas en materia de unificación de las legislaciones europeas relativas a los problemas de embalaje o etiquetaje de tal o cual producto !

He aquí por ejemplo algunos temas debatidos en el curso de los últimos meses :

- el financiamiento de las investigaciones sobre el ganado bovino.

- el reglamento relativo a los servicios de autocares entre Estados miembros.

- el comercio del lúpulo.

- la distribución de los canales de televisión.

- la utilización del carbón en las centrales eléctricas.

- el etiquetaje de los productos cosméticos.

Naturalmente, en el papel, el Parlamento europeo no está reducido solamente a discutir a propósito de las tareas de la comisión de Bruselas. Por ejemplo tiene la posibilidad, si está en desacuerdo con ésta, de votar una moción de censura que la concierne. Pero hay que añadir que en 20 años esto nunca ha ocurrido, y no se ve porque tan «honorables gentlemen» al discutir de la mejor manera de favorecer el comercio entre sus respectivos países, llegarían a tomar medidas tan extremas contra los «honorables gentlemen» de una comisión que se da exactamente los mismos objetivos. Sobre todo cuando son otros «honorables gentlemen», los ministros de los Nueve, quienes toman las verdaderas decisiones.

El Parlamento europeo también tiene como tarea votar el presupuesto de la Comunidad. Esto podría ser algo importante. Pero el presupuesto de su pretendida Europa representa mucho menos que el de cada uno de los países participantes. Por ejemplo en 1975 representaba el

12 % del presupuesto de Francia. Y como se trata esencialmente de fondos destinados a cubrir gastos obligatorios, ya que previstos en los acuerdos, e independientes del Parlamento europeo, esta gloriosa institución tiene pues en realidad un derecho de fiscalización sobre sumas que, según los europeanistas más optimistas, representan menos del 2,5 % del presupuesto de Francia.

Ese poder presupuestario europeo apasiona además tanto a sus miembros que en 1976, durante la presentación del presupuesto, sobre 198 diputados había 134 ausentes.

Entonces, si en todos los Estados nacionales el parlamento no es finalmente más que la máscara democrática tras la cual se disimula el poder real de la burguesía, el Parlamento europeo, en cuanto a él, no es más que una máscara vacía. Una fachada sin nada detrás, una sencilla decoración de teatro. Y las modificaciones que experimentará en junio no serán las que cambiarán algo.

El número de parlamentarios europeos pasará a 410. En lugar de hacerlos designar por los diferentes parlamentos nacionales, se les elegirá mediante el sufragio universal. Pero esto no modificará en nada su función. Ni siquiera es una conmoción del Mercado Común puesto que la elección del Parlamento europeo al sufragio universal estaba ya prevista por el tratado de Roma de 1957. Y si habrá sido necesario esperar más de 20 años para ver alcanzado este objetivo, es sencillamente que ¡a pequeña Europa, pequeña velocidad !

¿POR QUÉ LA ELECCIÓN AL SUFRAGIO UNIVERSAL ?

¿Qué interés entonces, pueden encontrar las diferentes burguesías

europeas en ese modo de designación de los parlamentarios europeos ? ¿Darle un poco de importancia al Mercado Común ? Quizás. Pero no únicamente. Ya que, sin embargo hay algo que la elección del Parlamento europeo al sufragio universal puede cambiar : el aspecto de ese Parlamento con relación al electorado y a la opinión pública.

Hoy en día, todo el mundo, o casi, ignora, sino la existencia de ese Parlamento, por lo menos su actividad. No solamente por ser esta actividad «de camelo» —sino ningún parlamento, empezando por el francés, lograría que hablarán de él. Pero también por el modo actual de designación de los parlamentarios europeos que hace que continúen a ser desconocidos de la mayoría del público, mientras que los mismos parlamentarios, dotados de la misma ausencia de poder, podrían obtener cierta notoriedad si fuesen elegidos al sufragio universal.

He ahí, lo que podría interesar a cada una de las burguesías miembro de la Comunidad. En efecto hasta ahora, el único medio del que disponen cada una de ellas para conseguir una armonización de la legislación de los diferentes países, en un sentido que les interesa, es la negociación con sus homólogos entre los bastidores de Bruselas. Pero si mañana el público acordara aunque fuera sólo un poco de interés a lo que ocurre en el seno del Parlamento europeo, porque lo habrán elegido, entonces los representantes de los capitalistas de un país dado podrán dirigirse directamente a la opinión pública de los otros países de la Comunidad.

Quizás se vea, por ejemplo, a diputados de un país, desde la tribuna del Parlamento europeo, denunciar el hecho que en otro país de la Comunidad, la legislación

autorice aún la utilización de tal producto, aditivo, colorante, más o menos peligroso. O el hecho que no imponga normas de seguridad tan estrictas.

Desde el punto de vista de los consumidores, no sería evidentemente un mal. Pero mucho más que el reino de la libre información, sería el de los grupos de presión parlamentarios, de los lobbis de toda especie, empleándose en transformar ese parlamento en agencia de publicidad.

En todo caso, eso no cambiaría nada de fundamental a la función de ese parlamento.

LOS REVOLUCIONARIOS EN ESTAS ELECCIONES

En ese contexto, ¿deben los revolucionarios tomar en consideración la presentación de candidatos ?

No hay en todo caso ninguna objeción de principio.

El hecho de que se trate de elecciones europeas no cambia nada para nosotros con respecto, por ejemplo, a la participación a las elecciones legislativas francesas, puesto que, incluso en el marco de la Europa capitalista, la unificación de Europa sería un progreso si las burguesías nacionales fueran capaces de ello.

El hecho de que se trate de un parlamento sin poderes reales no es tampoco un obstáculo a una participación de los revolucionarios. El Parlamento europeo tendrá al menos la ventaja sobre los diferentes parlamentos nacionales de apenas poder crear ilusiones sobre su función, pues todos podrán comprobar que constituye sobretodo un elemento decorativo.

Entonces, si lo único que ese parlamento puede hacer es servir de

tribuna europea, por lo menos que no sea monopolizada esa tribuna por los representantes de las diferentes burguesías, de los diferentes trusts europeos. Por lo menos que puedan expresarse, si es posible, los intereses de los trabajadores.

Naturalmente, los únicos temas que podrán tratarse, en el marco de ese parlamento cuya competencia está estrictamente limitada a los problemas económicos, son aquéllos que se relacionan de una forma u otra a la libre circulación de los capitales, de las mercancías y de las personas. Pero incluso en ese plano, los revolucionarios socialistas tienen muchas cosas que decir, cosas que no tienen nada en común con las declaraciones de esos señores, los representantes de la Europa de los capitalistas.

Hoy afirman que todos los pueblos de Europa tienen intereses comunes. Muy bien. Pero Europa, no es solamente una entidad geográfica que podría convertirse en una entidad económica. Dos veces en menos de un siglo, ha sido un gigantesco campo de batalla, al cual se envió el proletariado de todos los países de Europa a la matanza, en nombre de la defensa de la patria, para el único provecho del patronato.

Y los que son responsables de esto, o al menos los que continúan su obra —pero es lo mismo— se presentan hoy como los campeones de la amistad entre los pueblos europeos, pero sin dejar por lo tanto de hacerse los portaestandartes del nacionalismo, claro está. Pues bien, la tribuna del Parlamento europeo podría ser un excelente lugar para explicar a todos los explotados del continente que si la fraternidad entre los pueblos es una gran y bella idea, el nacionalismo en cambio es un veneno. Para explicar que si los

capitalistas ahora intentan poner en pie una comunidad económica europea, es precisamente porque la era de los Estados nacionales, la era de las patrias, está sin remedio superada históricamente.

Todos los hombres políticos burgueses que se pretenden europeos se dicen partidarios de la «*Europa de las patrias*». Nosotros, los revolucionarios socialistas, debemos explicar a los trabajadores que si: será necesario formar una Europa, ¡pero que será necesario formarla, y que no se podrá formar, sino contra las patrias y contra los patrones!

El corsé de las fronteras nacionales estrangula tanto la economía europea que las burguesías de Europa occidental, mientras siguen proclamando que las antiguas mitologías patrióticas son todavía válidas, y —más concretamente— mientras quedan sólidamente agarradas a sus aparatos de Estado nacional, se han visto obligadas, pese a ellas, a poner en pie instituciones que tienen, al menos formalmente, un aspecto supranacional. Es el caso del Parlamento europeo. Pues bien, si la posibilidad existe, hay que tomar a los burgueses al pie de la letra, e intentar hacer de ese parlamento sin verdadero poder, una tribuna para combatir al nacionalismo, y el «chauvinismo». Una tribuna para recordar que si, entre dos guerras de conquistas y rapiñas, los explotadores deben intentar a veces entenderse para realizar negocios, los explotados, por su parte, deben tener una sola divisa: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Pero no basta con decirse internacionalista, o proclamarse «Cuarta Internacional», para defender una política verdaderamente internacionalista a propósito de esas elecciones europeas.

La Liga Comunista Revolucionaria

—sección francesa del S.U.— y las otras organizaciones europeas del Secretariado Unificado acaban por ejemplo de publicar un programa común en esta ocasión. Y toman posición «*contra la integración de Portugal, España y Grecia en la Comunidad del Capital*» (*Rouge* del 17 y 18 de noviembre).

Las posiciones de la L.C.R. en este dominio no se distingue en nada finalmente de las del P.C.F. Este último intenta también dar un tono radical a su oposición a la entrada de Portugal, España y Grecia en el Mercado Común. Se pronuncia «*contra la Europa de los trusts*», pero «*por la Europa de los trabajadores*». Pero no es más, que una manera de disimular un poco su «chauvinismo». Y la L.C.R. alineándose de hecho sobre las posiciones del P.C.F., se alinea al mismo tiempo sobre el nacionalismo de éste.

Claro que el Mercado Común, es la Europa del Capital. Pero Francia, Alemania, Gran Bretaña, etc. que lo constituyen, son la Francia, la Alemania, la Gran Bretaña del capital. Y decir que estamos en contra del Mercado Común porque estamos en contra del capital, es un contrasentido.

Los camaradas de L.C.R. no se atreven a declararse en «*contra de la entrada de los trabajadores portugueses, españoles y griegos en la Francia del Capital*». Pero sería sin embargo la lógica de su razonamiento.

Entonces sí que sería necesario hacer oír una voz internacionalista a propósito de esas elecciones. Pero una voz verdaderamente internacionalista.

Sería necesario, incluso, intentar hacerla oír desde lo alto del parlamento de Estrasburgo. Pero ¿es esto posible?

Primero viene el problema del dinero, y no es pequeño problema. En efecto, la democracia tal como la conciben los burgueses, significa dar a todas las corrientes políticas —al menos a aquellas que puedan depositar una fianza de 10 millones de antiguos francos— el derecho de presentarse a esas elecciones, pero obligando a cada una de ellas a financiar, no sólo su campaña electoral, sino también la impresión de los boletines de voto y profesiones de fe destinadas a los electores. No es un problema, evidentemente, para los representantes de los industriales y de los banqueros. Pero sí lo es para los revolucionarios, ya que en un escrutinio nacional como éste, quiere decir gastos de varios centenares de millones de antiguos francos, como mínimo. Sumas —para nosotros— considerables que sólo serán reembolsables a los partidos habiendo obtenido más del 5 % de los votos.

Pero aunque se trate de un problema difícil de resolver, es un problema solucionable, pues lo sabemos, podemos contar en tales circunstancias con la solidaridad de millares de trabajadores, y solidaridad con la cual podríamos tanto más contar si les pareciera posible, por su gesto, contribuir a que se eligieran revolucionarios.

¿Es esto posible ?

UNA PROPORCIONAL DESFIGURADA

Toda la prensa ha anunciado ya que las elecciones del 10 de junio próximo, al menos en Francia (pues la unificación europea no ha ido aún hasta hacer adoptar en todos los países el mismo tipo de escrutinio), se harán a la proporcional, sobre la base de una circunscripción única

constituida por el país entero.

Es decir que, en lo que se refiere a Francia, cada formación política presentará una lista de 81 candidatos, correspondiendo a los 81 escaños franceses por proveer, y que la atribución de escaños a cada partido se hará proporcionalmente al número de votos obtenidos por su lista.

Un rápido cálculo demuestra que en tales elecciones, sobre la base del número de votos obtenidos en 1974 por nuestra camarada Arlette Laguiller, o sobre el número de votos obtenidos por nuestros candidatos en marzo pasado, Lutte Ouvrière estaría segura de obtener como mínimo uno o incluso dos diputados.

Pero, porque evidentemente hay un pero, la proporcional que nos preparan es una proporcional desfigurada. Para evitar, nos dicen, que la representación francesa esté demasiado dispersada, se ha decidido que sólo las organizaciones obteniendo como mínimo el 5 % de los sufragios expresados contarán en la distribución de escaños. Y algunos encuentran esto aún demasiado democrático, puesto que un proyecto de ley ha sido depositado tendiendo a montar la barra al 10 % de los electores inscritos.

Todo esto es significativo de las verdaderas razones que llevan a nuestros gobernantes a rechazar una auténtica representación proporcional.

Porque el parlamento de Estrasburgo es únicamente un parlamento de ideas, pero no se desea que todas las ideas puedan hacerse oír. Si los electores franceses serán llamados el 10 de junio a elegir sus diputados al Parlamento europeo según un sistema diferente del que es aplicado en las elecciones legislativas, será de todas formas

según un sistema trucado, destinado a apartar de ese parlamento todas las minorías no conformistas. Pues no son únicamente los revolucionarios en quienes se piensa. Es más generalmente en todos aquéllos que están desligados del mundo parlamentario y sus costumbres, todos aquellos que —porque no están integrados al sistema— podrían no seguir las reglas del juego, tal como la burguesía las ha definido.

En realidad, las mismas razones concurren tanto en el caso de las elecciones legislativas francesas como en el de las europeas para levantar obstáculos a la representación de las corrientes políticas minoritarias.

Pero si los representantes de la burguesía se empeñan tanto en apartar los revolucionarios de toda tribuna parlamentaria, si tanto las estorbaría oír elevarse, aunque sólo fuera una voz, para expresar los intereses de clase de los trabajadores, para nosotros debe ser una razón de hacer todo lo que está en nuestro poder para alcanzarlo.

CONTAR NUESTROS APOYOS

¿Cómo se plantea el problema en Francia y particularmente en lo que concierne Lutte Ouvrière ? Nosotros no estamos solos. Lo hemos demostrado cuando las precedentes consultaciones electorales en las que hemos participado. Hay en este país centenares de miles de trabajadores de la ciudad y del campo que se reconocen en el lenguaje de los revolucionarios. Y aún hay muchos más que simpatizan con nuestras ideas, pero que temen perder su voto votando por corrientes minoritarias.

El problema entonces es de saber si durante las próximas elecciones europeas, habrá suficientes trabajadores susceptibles de votar por una lista revolucionaria (de tal forma que los resultados de esta lista aparezcan como positivos), incluso de enviar al Parlamento europeo (porque la barrera de los 5 % es al fin y al cabo menos difícil a franquear que la del escrutinio mayoritario de las legislativas) diputados internaciona- listas, para proclamar las aspiraciones de los trabajadores a un mundo sin fronteras y sin guerras, a una República universal de productores.

El problema también es, saber si las elecciones europeas movilizarán suficientemente al electorado popular para encontrar el apoyo financiero, material y militante, susceptible de permitir nuestra presencia en esas elecciones, como por ejemplo fue el caso en la primavera de 1978.

Pero la respuesta a esta cuestión sólo la obtendremos si la buscamos, si desde ahora desarrollamos ampliamente nuestras posiciones sobre el problema de Europa y las elecciones europeas, si nos empeñamos en medir el eco, y si contamos los apoyos sobre los cuales eventualmente podremos sostenernos.

Pues si ese eco, esos apoyos no existen, el problema no se planteará. Pero si existen, entonces deberemos responder. Pues cuando en nombre del comunismo, los Marchais y los Seguy empuñan las trompetas del nacionalismo más usado, cuando esos cantos patrioterios permiten a los Giscard y a los Barre de presentarse fraudulentamente como los heraldos de la fraternidad entre los pueblos, es capital que pueda hacerse oír la voz del internacionalismo proletario.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : France	FF 5
Spain	ptas 80
USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : Ordinary : FF 50 Closedmail : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 Closedmail : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,
Guadeloupe, Reunion, Guyane,
North-Africa

FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar

FF 70

All other countries

FF 80

Closed mail, for all countries :
Apply to us to have the tariffs.